

# Nos visita el Papa

Eduardo Cárdenas S.J.  
Profesor de Historia de la Iglesia

Universidad Javeriana  
Jesuita Colombiano, Profesor en Historia por la Universidad Gregoriana de Roma.



Infatigable, en siete años y medio de pontificado ha girado ya varias veces el planeta, y ahora visita Colombia.

## UNA NUEVA MANERA DE SER PAPA .

En la segunda semana de febrero Juan Pablo II regresó a Roma desde la India a donde había ido a cumplir su viaje internacional número 29. Ya empieza a preparar su viaje a un extremo opuesto geográfico, Colombia, a principios de julio, para estar por tercera vez en Francia a mediados de agosto. Ahora, pues, cuando está a nuestras puertas, hablemos un poco de los viajes del Papa.

Infatigable en siete años y medio de pontificado ha girado ya varias veces el planeta. Sus viajes, siempre agotadores, minuciosamente preparados, no son ya un paréntesis en su oficio de supremo pastor de la Iglesia: son más bien un

sistema, una nueva manera de ser Papa y de servir a la Iglesia. No significan para él escapadas fugitivas, son un aspecto central y esencial de su responsabilidad. Ya no es ni siquiera una vuelta alrededor del mundo: son muchas, son peregrinaciones y visitas ardientemente deseadas porque en todos los rincones de la tierra Juan Pablo II tiene hijos, hermanos, amigos. Son éstos, ante todo, los 850 millones de católicos, pero también los son todos los hombres, creyentes o no, cristianos, mahometanos, budistas, y es su hermano, porque así lo llamó jadeante cuando se encontraba entre la vida y la muerte, aquel Ali Agka que le había disparado cinco balazos y a quien fue a visitar expresamente, en diciembre de 1983, en la cárcel italiana de Rebibbia.

Peregrino incansable, parece que el mundo le quedara pequeño. Incluso en contornos cercanos a él no faltan quienes hagan críticas a este nuevo modo de gobernar a la Iglesia. Juan Pablo II conoce tales discrepancias y sabe "estarse quieto" cuando ve que tiene que permanecer encerrado en su fatigoso y abrumador ministerio. Pero siente al mismo tiempo el reclamo de marchar por esos mundos y de surcar los cielos con el solo propósito de hacer más cercano a Cristo a un mundo hastiado y sediento del Evangelio de paz y de Justicia. De esta suerte "el Papa polaco", que al ser elegido saludó a los romanos como "un Papa que viene de lejos", se ha convertido en el hombre más internacional y más cercano, en el que ha ido más lejos en estos mil novecientos años de historia católica.

### Los viajes del Papa.

Con la visita a Colombia, serán pues, treinta sus viajes internacionales y sesenta los países visitados. Cuando en diciembre de 1963 Pablo VI anunció que visitaría la tierra de Jesús, la tierra Santa, la noticia recorrió el mundo causando formidable sorpresa. Se ha hecho notar que el Papa Pablo VI hizo el primero de sus nueve viajes precisamente a la tierra de los orígenes del cristianismo. En cambio el primer salto internacional de Juan Pablo II fue a nuestra América Latina: a Santo Domingo y a México, es decir, al continente inmenso y sufrido que hoy más que nunca constituye la esperanza de la Iglesia.

Era natural que su segundo viaje, junio de 1979, lo llevara a su nativa Polonia, tierra mártir, sofocada pero no vencida, primero por la barbarie de Hitler y después por el imperialismo ateo de los soviéticos. Ya estos dos viajes, México-Polonia, enclaves culturales tan diversos en tradiciones y tan semejantes en heroísmo religioso, dieron la medida de lo que cabía esperar del Papa Wojtyła: carácter vigoroso, convencido, valiente, cordial y con una capacidad de convocación como difícilmente puede encontrarse en las figuras internacionales contemporáneas. Los ojos de los espectadores se han habituado a contemplar las multitudes oceánicas que se congregan en torno suyo.

Para aprender geografía lo mejor es seguir los viajes de Juan Pablo II. La revista *Rélations* del Canadá escribía, a propósito de la visita papal realizada en septiembre de 1984, que los canadienses habían descubierto por primera vez la realidad de su enorme país siguiendo el complicado itinerario del Papa desde Terranova hasta

Vancouver. La sola enumeración de continentes y países que ha visitado el Papa, es asombrosa. Tomemos al azar unos cuantos nombres: Estados Unidos, Japón, Kenya, España, Nicaragua, Corea, Argentina, Alaska, Perú, Zaire, Suiza, Puerto Rico, Inglaterra... Ha estado ya tres veces en África. En el Brasil pasó de las prósperas y entonces frescas regiones del sur (junio de 1980), hasta las cálidas selvas amazónicas. En el Perú subió en un solo día desde los niveles del mar hasta las alturas de Ayacucho, y hubo de aterrizar en Lima precisamente cuando los subversivos de "Sendero Luminoso" dejaban en tinieblas a la capital. En 1982, en sólo tres semanas, visitó a Portugal, a Inglaterra y, luego, en improvisado y necesario salto, atravesó el Atlántico para estar dos días con los argentinos en Buenos Aires y Luján: eran los oscuros meses del conflicto de las Malvinas.

Si tal sistema de visitas es ya de por sí agotador, impuesto por las circunstancias internacionales o geográficas, hemos de pensar en el esfuerzo que significa cambiar continuamente de lenguas, de temas y de auditorios. En su reciente visita a los Países Bajos Juan Pablo II hubo de usar en un mismo discurso el flamenco, el francés y el alemán: no podía herir la susceptibilidad de los ciudadanos divididos atávicamente en culturas y en etnias. En Belice debía combinar continuamente el castellano y el inglés, y en el Canadá el inglés y el francés.

Afortunadamente el Papa posee una pasmosa disposición para las lenguas. Como eslavo, tiene la puerta abierta para el ruso, el lituano, el checo. En sus audiencias a funcionarios soviéticos (porque también éstos lo visitan como, por ejemplo Gromiko en 1984) no necesita de intérprete. Al conmemorarse los 500 años de la muerte del santo rey de Lituania, Casimiro, Juan Pablo II, a quien el gobierno soviético habla impedido una breve visita a aquél país, celebró una solemne liturgia en Roma y pronunció una larga homilía en lituano. Como nacido en la región de Cracovia que por circunstancias históricas ha sufrido un fuerte influjo de cultura alemana, el Papa habla desde joven y con mucha propiedad, el alemán. Por su permanencia, siendo joven sacerdote en Francia y en Bélgica, conoce y pronuncia acertadamente el francés. En Roma, donde residió cerca de tres años después de la segunda guerra, aprendió el italiano. Tampoco necesita intérpretes para comunicarse con peregrinos, políticos, obispos, que proceden de los Estados Unidos, de Inglaterra o de Australia y en siete años de constante uso del

castellano y del portugués (las lenguas más habladas en la Iglesia católica) ha logrado un gran manejo de las dos lenguas ibéricas. Por lo demás, su afinado oído, le ayuda a pronunciar con excelente propiedad tan diversos idiomas.

Un sentido muy delicado de cortesía y de respeto por todas las culturas ha llevado al Papa a no omitir, en lo posible, un saludo en idiomas nativos a los pueblos aborígenes que conviven con las formas occidentales de civilización. Así lo hizo en Nicaragua con los miskitos, en la lejana Guam en el océano Indico, en el Canadá con los hurones e iroqueses, en Latacunga (Ecuador) y, por supuesto, en quechua cuando visitó al Perú. Los japoneses quedaron maravillados cuando, durante doce minutos saludó en su propia lengua al pueblo nipón a su llegada al aeropuerto de Tokio. Quiso preparar con anticipación el difícil gesto, asesorado en Roma por profesores japoneses.

La mayor proeza en el campo de las lenguas lo constituyeron los largos discursos, homilias y saludos en la visita a Holanda y a la región flamenca de Bélgica. El holandés resulta un idioma extremadamente difícil de pronunciar, por lo menos para oídos, y gargantas latinos o eslavos. Quien ésto escribe residía en una universidad internacional de Roma cuando el Papa visitó, el pasado mes de mayo a Holanda, Bélgica y Luxemburgo. En esa universidad vive un grupo numeroso de profesores holandeses. A nuestra pregunta respondían que el holandés del Papa era casi perfecto. Otra proeza de Juan Pablo II fueron los prolongados párrafos en créole, francés haitiano, ante casi un millón de asistentes en el aeropuerto de Porau - Prince en marzo de 1983. El entusiasmo de la multitud fue delirante.

### La organización de un viaje papal.

Los viajes del Papa sólo tienen un sentido pastoral, religioso. Por eso él habla siempre de "visita apostólica", "Peregrinación". Se excluye explícitamente cualquier otra intención. Su organización está sujeta a condiciones precisas. Primeramente, el Papa nunca impone una de estas visitas: espera a ser invitado. La invitación viene ante todo de la Iglesia de cada país, pero es natural que la Santa Sede tenga en cuenta la invitación o la reacción de los gobiernos. Son los obispos de una nación o de una región (por ejemplo América Central) quienes toman la iniciativa. El Papa no quiere presentarse como huésped incómodo ni como visitante impertinente.



Cuando Juan Pablo II visitó a España en octubre/noviembre de 1983, los medios de información anticatólicos hicieron énfasis en los costos que se decía suponían tales desplazamientos; la respuesta de la comisión organizativa fue tranquilamente clara: España tiene 35 millones de habitantes. Suponiendo que los católicos interesados en contribuir a la visita papal hubieran sido sólo 15 millones, es decir 20 millones menos de toda la población, bastaba con que cada uno de ellos se privara de ir dos veces a cine, para cubrir los gastos del viaje. Y ésto sin contar con que la Santa Sede se encarga de pagar el viaje internacional de toda la comitiva. Otro tanto se dijo en la visita al Canadá. Si cada uno de los 12 millones de católicos canadienses hubiera contribuido con cuatro dólares (un desayuno), el viaje papal hubiera quedado ampliamente cubierto. De hecho los católicos canadienses fueron muchísimo más generosos. Y son las iglesias de los países ricos, Alemania, Francia, Bélgica, Los Estados Unidos, Canadá, quienes contribuyen a las peregrinaciones del Papa a los países del Tercer Mundo.

Cuando se habla de los gastos de tales viajes no se vaya a pensar que el dinero recogido va a las manos del Papa. Las contribuciones de los católicos se invierten para cubrir una multitud de aspectos que quienes no están al frente de la organización apenas pueden imaginar. Por ejemplo: disposición de los lugares de concentración, sueldo de numerosos equipos técnicos que han de atender a las transmisiones al orden (sabiendo que hay competencias propias de la policía que no pueden ser atendidas sino por ella y ésto, sin duda, corre por cuenta de la nación), preparación de coros musicales, desplazamiento de éstos a los lugares de reunión litúrgica, construcción de palcos y de bancas de emergencia, afiches de propaganda que cubren amplias áreas geográficas, ayuda a grupos indígenas que deben movilizarse y pernoctar en algunas ocasiones a distancias de sus propias poblaciones, instalación de unidades apropiadas para periodistas, adaptación provisoria de estadios o de parques, funcionamiento durante varios meses de los comités organizativos. En ninguna de las visitas papales hay banquetes ni recepciones de este género. El Santo Padre, a lo sumo, suele asistir a un almuerzo o cena con el episcopado del país que visita o con grupos de niños.

En cuanto a los gobiernos, el Papa espera que no opongan ningún reparo a su visita, y hasta ahora han sido los gobiernos quienes también han tomado la iniciativa de cursar sus invitaciones. En el caso de Polonia, gobernada desde hace 40 años por una dictadura comunista, la Santa Sede tropezó con algunas dificultades. En el primer viaje de Juan Pablo II a su patria, que debía coincidir con los 900 años del martirio del obispo de Cracovia, Estanislao, en abril de 1979, el régimen puso toda clase de obstáculos para que tal coincidencia no se verificara. Los polacos veían en efecto en la figura del valiente arzobispo Estanislao, una suerte de figura y de emblema patrio de lucha contra la tiranía. La peregrinación de Juan Pablo a su patria hubo de retrasarse dos meses. Incluso la TV polaca cometió la torpeza de no mostrar las millonarias concentraciones de fieles que se apretaban en torno de su gran compatriota. Otra cosa fue que las transmisiones hechas con alguna breve dilación por la TV americana, alemana, francesa e italiana, hacían llegar a poco rato al Occidente las imponentes realizaciones de aquéllas dos visitas de 1979 y de 1983.

Sabemos también que los soviéticos y los gobiernos de Checoslovaquia y de Yugosla-

via han impedido hasta la más breve permanencia del Papa en Lituania, Bohemia - Eslovaquia y Croacia. Tienen pavor al microbio polaco. Fidel Castro ha declarado —pero hasta el momento solamente con vaguedades— que se sentiría honrado por una visita papal. Sería del mayor interés periodístico, pero sobre todo histórico y pastoral, una visita de Juan Pablo II a Cuba. Verosíblemente no ocurriría el bochornoso espectáculo provocado por el gobierno de Managua en marzo de 1983.

Los demás países y gobiernos se han adelantado a invitar al Papa. Saben muy bien que es un jefe religioso, que si es Jefe de Estado, lo es del más insignificante y pequeño, la Ciudad del Vaticano, que de su visita no se van a seguir resultados económicos o políticos. Pero protestantes, budistas, mahometanos o católicos, los gobiernos sí conocen el significado moral que reviste una visita del Jefe de la Iglesia Católica. Testimonio bien elocuente de esta intuición es la recepción brindada por el Gobierno y el pueblo musulmanes de Marruecos a Juan Pablo II en el pasado mes de agosto de 1985: Varios centenares de miles se apostaron en las calles de Rabat y de Casablanca para saludar al peregrino de Roma que concluía en Marruecos su tercera visita al continente africano. La mayor sorpresa la dieron los 100.000 jóvenes, prácticamente todos mahometanos, que se reunieron con el Papa y con el rey para orar juntos en el mayor estadio del país.

El cambio obrado en la mentalidad internacional, en la Iglesia, y las facilidades de comunicación nos han hecho vivir acontecimientos que hace algunos decenios parecían utópicos: la visita del Papa, Jefe de la Iglesia católica, a la reina Isabel II de Inglaterra, Jefe de la Iglesia anglicana, en mayo de 1982. Otro tanto ocurrió en mayo de 1985 cuando por primera vez un Papa entraba al palacio de los reyes de Holanda, dinastía real de visceral tradición calvinista. Al estrechar la mano, dijo la reina: "Por fin!". Lo que significaba una "reconciliación" simbólica entre la Casa Real de Orange y el Papado de Roma. Cómo habían cambiado los tiempos, puesto que al celebrarse el Congreso Eucarístico Internacional de Amsterdam, en 1924, la reina Guillermina se ausentó del país a Dinamarca. Otro gesto importante cumplió el Papa en su peregrinación al Japón, en donde los católicos son una insignificante minoría: la visita al palacio imperial para saludar al anciano emperador Hiro Hito. Pasos, todos éstos, que no están dictados por un espíritu de proselitismo ni de propaganda sino que

nacen de la convicción que tiene Juan Pablo II de que el Evangelio de Cristo tiene muchas maneras de ser anunciado, al menos insinuado en algunos casos, y de que la Iglesia Católica debe mostrar un nuevo rostro que había sido endurecido por la polémica religiosa a partir de la época de la Reforma.

La organización inmediata, los desplazamientos, los lugares de visita, los grupos especiales a quienes el Papa quiere acercarse de manera particular (enfermos, suburbios, hospitales, cárceles, representantes de las diversas confesiones cristianas o de las varias religiones de una región), los itinerarios, se dejan al estudio del episcopado del país, de los gobiernos, de los grupos interesados y de una comisión vaticana que suele recorrer con meses de anticipación la nación o naciones donde se realizará la visita papal. Allí suele ocurrir un forcejeo, porque llegan a millares las peticiones de ser visitados por el Papa. En 1979 llegaron peticiones de 800 localidades de los Estados Unidos que querían tener como huésped a Juan Pablo II. Sabemos que el propio Papa confió a un obispo latinoamericano su impresión de que la peregrinación apostólica al Perú hubiere requerido de mayor espacio y tiempo dada la extensión del país y la gravedad de sus problemas.

### **El significado de los viajes del Papa.**

Cuando Juan Pablo II pisa tierra de un país visitado, cumple un gesto de sinceridad y de afecto: Se arrodilla y besa la tierra que lo acoge. Este beso que imprime sobre la tierra le significa a él que toda nación, toda raza, toda cultura, todo enclave geográfico es un altar y una caja de resonancia del Evangelio: en la celebración de la Misa se besan el altar y el libro de los Evangelios.

Los viajes del Papa son más bien peregrinaciones. Así se llaman oficialmente, o también, "viaje apostólico". No son recorridos rutinarios. Cada visita tiene su propio estilo, su propia finalidad, su propio mensaje. Este eterno peregrino, cuyo ardor no atenúa ninguna fatiga, quiere que emerja ante todo la significación peculiar de cada una de sus peregrinaciones. Pablo VI aprovechó sus nueve visitas internacionales para dirigir un mensaje siempre nuevo no tanto al país visitado cuanto a la Iglesia entera, y más allá, a todos los hombres.

La explosiva multiplicación de los desplazamientos del Papa Juan Pablo II le ha llevado más bien a centrar la intención, la finalidad, a una

región, a un país, a una Iglesia particular. Son la concreta y sufrida América Central o el Perú, cuyas poblaciones se ven sometidas a la injusticia y a la violencia, o las sociedades opulentas de los Estados Unidos, Alemania, Suiza, saturadas de otro tipo de problemas sobre los que la Iglesia quiere decir una palabra. Juan Pablo asume cada visita con la especificidad que cada cual requiere. No le interesa que los medios de comunicación de otros países consagren a ella cada vez menos lugar e importancia publicitaria. Lo que interesa al Papa son las necesidades y las aspiraciones de cada Iglesia y de cada nación. No importa que los medios de comunicación que transmiten el flash de las noticias mundiales ya no presenten los mares humanos que rodean al visitante apostólico; que sus discursos, homilias y confidencias sean registradas sólo fugazmente en otras naciones y en otras latitudes. Juan Pablo II sabe que está como peregrino en un concreto enclave humano y no en representación sobre la escena del mundo.

El Papa se ha lanzado, pues, por todos los caminos del mundo. A cada viaje su estilo, a cada lugar su mensaje, a cada cultura su homenaje. Pero no se cansa de subrayar que este fatigoso desplazamiento, del Japón a Guatemala, de Filipinas al Perú, de Sierra Leona a Holanda, sólo tiene un sentido religioso; no va de propangandista, ni por proselitismo, ni por razones de prestigio. En cuanto le es posible evita presentarse como Jefe de Estado. Es cierto, como lo explicó a los jóvenes en París, que ha de encontrarse también con los grandes de este mundo: reyes, presidentes, empresarios, y también con el mundo de la cultura. Esto lo exige la universalidad de su misión. Pero nunca olvida que él es, ante todo un pastor itinerante de la Iglesia extendida en todos los continentes y que es vicario y portador de Cristo. Cuando inauguró su pontificado en la mañana del 22 de octubre de 1978 clamó con toda la fuerza de su convicción: "No tengáis miedo, abrid, abrid de par en par las puertas al Redentor!".

Las multitudes quedan subyugadas por el encanto de este peregrino robusto que en las más difíciles situaciones sabe conservar la serenidad y el humor, que habla directo y sin circunloquios, que ve interrumpidos sus discursos por interminables aplausos, pero en alguna ocasión con interpelaciones groseras como la del grupo amañado de Managua que estaba muy lejos de representar los sentimientos del pueblo nicaragüense. No entra en sus intenciones buscar "baños de multitud" o de popularidad. Sabía muy

bien que la otrora católica comunidad de Holanda, ahora tan corroída por el consumismo y tan golpeada por una insidiosa propaganda antipapal, no lo iba a acompañar con aclamaciones y aplausos. También sabía que sus palabras de fuego contra los egoísmos de los pueblos poderosos en el discurso pronunciado en la sede de las Naciones Unidas en 1979, sólo producirían "el aplauso elocuente del silencio", como se expresó con acierto uno de los funcionarios de aquel organismo; tenía por seguro que en los Estados Unidos, en Holanda y en Bélgica sería objeto de más de un sarcasmo de parte de organizaciones feministas radicalizadas. Tampoco fue por gusto puramente personal a las fronteras del Ulster para fustigar el terrorismo. Juan Pablo II conoce de sobra los comentarios unilaterales y malévolos que provoca su apasionada defensa de la vida humana y su rechazo a las campañas antinatalistas. Pero esas circunstancias no lo hacen callar. Por ello el profético arzobispo brasileño, don Helder Cámara, ha dicho de Juan Pablo II: "Su sí es sí, y su no es no". El Papa presenta impávido toda la doctrina católica con autoridad amable pero inflexible. Sabe distinguir bien entre comprender a todos y aprobar lo de todos.

De ciertos ambientes eclesiósticos se disparan críticas contra este incansable peregrinar del Papa. ¿Para qué —dicen— todo este despliegue, todos estos discursos, toda esta actividad? Otros añaden que la presencia del Papa en las Iglesias locales desdibuja la imagen del obispo y sofoca, en cierto modo las responsabilidades de las conferencias episcopales. Juan Pablo II quiere evitar el riesgo; por eso nunca emprende una de estas peregrinaciones sin la invitación de los episcopados, además de que consulta previamente, casi en forma personal con todos los obispos, el fondo, la forma, que ha de revestir cada visita. Ya en tres ocasiones los cardenales reunidos en Roma por invitación del Papa, y en el pasado sínodo extraordinario (noviembre-diciembre de 1985), fue unánime el pensamiento: los viajes del Papa constituyen una nueva y eficaz forma de apostolado.

A una encuesta realizada en Francia tras la visita relativamente breve de Juan Pablo II a la sola región parisina, el 86% de los encuestados respondió que la persona y la visita del Papa les merecía el mayor entusiasmo. Cuando concluyó su arriesgada peregrinación (!) a Holanda, se percibió un sensible cambio de opinión: muchos católicos holandeses, saturados durante años por una campaña antirromana y antipapal, des-

cubrieron que el Papa y el papado eran una persona y un servicio muy diferentes de cuanto habían caricaturizado las fuerzas hostiles.

"Santo Padre: ¿qué queda de estas visitas?", preguntó un periodista al Papa cuando regresaba a Roma después de visitar a Venezuela, Ecuador y Perú. Juan Pablo respondió: "A mí me toca sembrar. Hay que sembrar. Al señor le dejamos lo demás. Yo no me impaciento por la cosecha. Abundante o escasa, ella vendrá. Es mi deber hacer algo".



### ¿El Papa de hierro?

Cuando el Santo Padre atraviesa las calles y avenidas atestadas de muchedumbres, cuando sube las escaleras de los altos estrados donde está el altar, cuando casi al terminar el día un nuevo encuentro le aguarda, cuando extiende los brazos para saludar a las interminables multitudes, la gente parece que piensa poco en el cansancio producido por aquella consciente tensión de cinco, de siete, de doce días de esfuerzo. Los viajes del papa son "masacran-

tes", para emplear un galicismo elocuente. Solamente su fibra física y espiritual pueden dar razón de aquella capacidad de resistencia. Afortunadamente la Providencia lo había preparado. Su juventud, en efecto, fue dura y difícil. Karol Wojtyła, intelectual por naturaleza, fue sometido a trabajos violentos durante la ocupación alemana: rajar piedra en una inmensa cantera y trabajar en una fábrica de locomotoras. Siendo niño había perdido a su madre. Su padre, oficial del ejército polaco, murió de inanición poco tiempo después de la rendición de Polonia al ejército invasor alemán. La innata afición de Karol Wojtyła a los deportes fuertes, natación, remo, escalada de montañas, esquí, lo conservó sano de mente y de cuerpo. Siendo arzobispo de Cracovia hacía frecuentes excursiones en bicicleta al santuario de Chestochowa. Sorprendió a la opinión cuando ya, como Papa, se fue a esquiar un día a los Alpes italianos. Esa contextura moral y física lo salvó de morir tras el atentado en la Plaza de San Pedro el 13 de mayo de 1981.

En estos 29 viajes ha tenido que pronunciar centenares de discursos y homilias. En la visita a España, a fines de 1983, durante once jornadas Juan Pablo II no durmió más de tres o cuatro horas por día. Cuando llegó a Barcelona, concluyendo su peregrinación por toda la geografía de España, no dejó de cumplir el agotador programa que se le había preparado como conclusión: visita al santuario de Montserrat en una mañana congelada y nebulosa. Saludó a la ciudad a medio día, en medio de la lluvia, subida al Tibidabo para encontrar y saludar a millares de obreros y misa de despedida ya bien entrada la noche en el estadio Nou Camp, mientras diluviaba torrencialmente. Al día siguiente —miércoles— regresó temprano a Roma y tuvo la tradicional audiencia de los miércoles. El domingo sucesivo ya estaba visitando una de las parroquias de Roma, como lo ha venido haciendo puntualmente, desde que fue elegido como Sumo Pontífice.

El centro de estas peregrinaciones a tantos y tan diversos países lo constituye la celebración eucarística, que, de acuerdo con la más estricta teología es el punto focal de la esencia misma de la Iglesia. Son celebraciones espléndidas en las que se dan cita todos los hijos de la Iglesia y de la nación. A la misa que celebró en la explanada de Wavel, en Cracovia, asistieron dos millones y medio de fieles. Casi tres millones se congregaron en las playas de Manila, dos millones en Chicago, dos millones en Lima y más de dos

millones en Buenos Aires. Es como si el corazón de la Iglesia se pusiera a palpitir en una inmensa explanada polaca, o a las orillas del océano, en un bosque tropical o en el encuadramiento clásico de una plaza de Bruselas o en un estadio de Londres. Pero hay que advertir entonces cómo se transforma el rostro del Santo Padre: él, hombre de intensa oración, aparece totalmente concentrado en el misterio de la fe que celebra. Muchas fotografías han captado la actitud del Papa cuando se lee o se canta el Evangelio. Toma el báculo pastoral y deja apoyar su frente sobre él. Cierra profundamente los ojos y parece que su mente, al ritmo de las palabras evangélicas que lee el diácono emplea a navegar mar adentro del mensaje del Señor. Sin duda, nunca como en esos momentos, Juan Pablo II se siente compenetrado por el encargo de Jesús: "Apacienta mis corderos, pastorea mis ovejas".

Durante sus viajes apostólicos el Papa quiere encontrarse personalmente con todos. Desde que se produjo el atentado contra su vida ha debido aceptar las exigencias de los medios de seguridad de los países que visita: sus desplazamientos han de hacerse en el "papamóvil" (curiosa palabra inventada en México y aplicada luego en todas partes al coche del Papa), una suerte de camión cubierto de vidrio blindado. Medida por cierto necesaria en estos tiempos en que señorea por todas partes el terrorismo; en cuanto está de su parte, Juan Pablo II preferiría viajar normalmente. Así aparece cada miércoles en Roma para la audiencia semanal con los fieles, en un campero blanco sin protección alguna.

Síguense los encuentros con los sacerdotes y religiosos, con los obispos, con los enfermos, con numerosos grupos cualificados del apostolado laical, con los obreros, con los indígenas. En México era despertado al son de "Las mañanitas", y en Cracovia, en cambio, las aclamaciones frente a la casa arzobispal donde se alojaba fueron tan prolongadas e insistentes, que Juan Pablo II hubo de asomarse muchas veces casi hasta media noche para saludar a sus entusiasmados compatriotas.

En los países de lengua castellana ha tenido muy buena fortuna el grito rimado: "Juan Pablo Segundo — Te quiere todo el mundo". También, por ejemplo: "Juan Pablo, amigo — España está contigo". Pero el Papa nunca omite una visita muy preparada, muy particular a los barrios marginados y pobres. Estuvo en las favelas de Río de Janeiro, con los "alagados" de Recife, en los

miserables suburbios de Manila, en el Guasmo de Guayaquil y en los "Pueblos jóvenes de Lima", donde lanzó aquel grito patético: "Yo quiero que tengáis hambre de Dios, pero no podemos tolerar que tengáis hambre de pan!" Regresando a Roma desde el Perú Juan Pablo II, impresionado como nunca por la miseria que había palpado, confió a los periodistas: "La Iglesia tiene que luchar contra la miseria, porque es imposible anunciar el Evangelio en forma normal a tantas multitudes hambrientas".

El episodio más bello y alborozado de las visitas del Papa es el encuentro con los jóvenes. Este Papa ha recibido con abundancia el carisma de hacer vibrar el corazón de los jóvenes. Parece que éstos descubrieran en el alma del Papa el secreto de no envejecer en el espíritu aunque vayan pasando los años. Qué emotivas y contagiosas han sido aquellas citas con centenares de miles de personas jóvenes en el Parc des Princes en París, en el hipódromo de Madrid, en el Yankee Stadium de Nueva York, en la explanada de Luján en Argentina, en el estadio de Caracas. Frente a aquellas marejadas de juventud Juan Pablo II rejuvenece veinte años.

Cuando ante sus ojos se extiende la masa de los pobres, la multitud opaca y gigantesca que sufre a diario la frustración de la existencia, el Papa no sabe ya contenerse. Quien no recuerda con emoción sus interpelaciones que resonaban como mazazos cuando vio a los pobres de Santo Domingo, de Guayaquil, de El Salvador, de Caracas, de Lima, de Haití. Comentando la caída reciente del segundo Duvalier, comentaba el prestigioso diario *Le Figaro* de París, que el origen de la caída del dictador haitiano habría que situarlo precisamente en la visita del Papa en marzo de 1983. En el aeropuerto de Port-au-Prince ante casi un millón de haitianos el Papa

dijo en uno de los párrafos de su extenso discurso: "Es necesario que algo cambie aquí: la división, la injusticia, la excesiva desigualdad, la degradación de la calidad de la vida, la miseria, el hambre, el miedo de mucha gente. Es necesario que los pobres de todo tipo recuperen la esperanza... ¡Levantad la cabeza y reconoced la predilección de Dios por los humildes, por los hambrientos!".

## El Papa en Colombia.

Con nuestra patria Juan Pablo II ha tenido una espléndida cortesía: hacernos una visita de siete días. Viene expresamente a éso. No es que cultive predilecciones por algún país particular de América Latina. Pero sí nos honra que haya querido dedicar una semana a la sola Colombia. Bogotá, Chiquinquirá, Cali, Tumaco, Popayán, Armero, Bucaramanga, Medellín, Cartagena, Barranquilla lo tendrán como evangelizador inmediato. En estas escalas se destacan tres símbolos de nuestras amarguras nacionales: Popayán destruida por un terremoto. Allí, en la ciudad de las grandes tradiciones, ha querido realizar el encuentro con las gentes indígenas que continúan padeciendo atávicamente las experiencias de la persecución y de la explotación de todo signo. Tumaco, enclave pobre entre los pobres, abandonada del resto de la patria y, hasta ahora, con tan pocas posibilidades de iniciar un proceso de recuperación humana. Armero, sepultada en un lago de fango, cuyos sobrevivientes no se resignan, con todo derecho, a quedarse en la historia patria como simples damnificados.

"Con la paz de Cristo por los caminos de Colombia" reza la consigna que guiará la visita de Juan Pablo II. Nadie como el Papa podrá estimularnos a construir una patria justa y cristiana.